

L A T I N I T A S

En torno a esta palabra polivalente y sugestiva voy a coordinar unas cuantas ideas. Las expondré en forma de notas o comentarios a escritos, hechos y proyectos de actualidad. Polarizaré mi exposición alrededor de los algunos epígrafes que me han parecido de mayor interés.

1.—Un estudio bien documentado

De importante y bien documentado debe calificarse el estudio que sobre la palabra y concepto de «*latinitas*» publica en el último número de *Emérita* (tomo XIX, pp. 34-50) el docto profesor de la universidad compostelana, Dr. D. M. C. Díaz y Díaz. El artículo va firmado en Munich, donde el Dr. Díaz reside hace un par de años como primer redactor español del *Thesaurus Linguae Latinae*. Conviene hacer notar esta circunstancia, pues es la clave para explicarnos la riqueza y variedad de materiales que el autor utiliza en su trabajo. Difícil exponer en unos párrafos la trayectoria de su pensamiento; pero lo intentaré.

Comienza diciendo que la palabra *latinitas* «se ha convertido en su forma moderna en uno de los términos más típicos y usados para designar el latín, su historia, su literatura, sus usos lingüísticos y los estilos de los diversos autores».

Los caminos por los que la palabra *latinitas* llegó a estos significados son los siguientes:

1) Aparece por primera vez usada con sentido rigurosamente retórico. Así en la *Rhet. Her.* 4, 12, 17, obra escrita por los años 86-82 se lee: *Latinitas est, quae sermonem purum conservat ab omni vitio remotum*. La palabra es un abstracto nominal formado sobre el adjetivo *Latinus*. Este adjetivo tenía, lo mismo que su correlativo adverbio *Latine*, desde mucho tiempo antes, un doble significado

uno, puramente geográfico, local, que puede apreciarse en Titinio, contemporáneo de Terencio, quien en su Com. 104 dice: *qui Obsce et Volsce fabulantur, nam Latine nesciunt*; y tenía también otro sentido retórico, equivalente a «correcto», «elegante», «literario», como puede apreciarse en la Retórica a Herennio, publicada al frente de las obras de Cicerón. En el cap. 4, 12, 17, leemos: *Vitia in sermone, quo minus is Latinus sit, duo possunt esse: soloecismus et barbarismus*. La misma idea refleja el conocido epitafio de Nevio: *obliti sunt Romae loquier lingua Latina*, donde *lingua Latina* tiene el mismo valor que *Latinitas* en sentido retórico. Más claro aun resulta este sentido retórico en la conocida frase de Cic., De orat. III, 10, que el Dr. Díaz no aduce: *Ut Latine, ut plane, ut ornate loquamur*.

2) Cicerón usa sólo dos veces la palabra *latinitas* y precisamente en dos cartas íntimas a su amigo Atico, no en obras de carácter técnico. En la primera (ad Att. 7, 3, 10), alude a Cecilio y dice de él, «*malus enim auctor latinitatis est*»; es decir, autor «de poca corrección». En la segunda (ad Att. 14, 12, 1), la usa en un sentido que luego se generalizará, sobre todo entre juristas, como equivalente a *jus Latinum*.

3) Entre los gramáticos, a partir de Diomedes, es frecuente la equivalencia de *Latinitas* = *sermo Latinus*. Es famosa la definición que nos da el mismo Diomedes (gramm. I pág. 439, 15): *Latinitas est incorrupte loquendi observatio secundum Romanam linguam*.

Poco a poco el *sermo Latinus* perdió su sentido retórico de «correcto» quedando con el valor puramente gramatical de *lingua Latina* = Latín.

La igualdad *Latinitas* = *lingua Latina* se encuentra testimoniada desde fines del siglo II. Hilario de Poitiers usa con frecuencia *latinitas* en sentido de «lengua latina», «latín». Por ejemplo, Trin. 11, 17: *latinitas nominibus non utitur*.

4) En Macrobio tiene el sentido de «autores latinos» o «latino-hablantes», cuando dice: *Latinitas eum...«solem» vocavit* (Macr. sat. I, 17, 7).

5) En una frase de nuestro Isidoro (Vir. ill. 19, pág. 1.093 A) resalta *latinitas* en sentido de «mundo literario latino». Habla de S. Juan Crisóstomo y dice textualmente: *e quibus utitur Latinitas duobus ejus de lapsis libellis scriptis ad quendam Theodorum*.

6) Y un último significado, que surge del círculo de los gramá-

ticos y luego se propaga y se hace corriente en el latín de los humanistas y de los modernos escritores, *latinitas* como «conjunto de obras y escritores latinos» o como «historia de la lengua y literatura latina». En este sentido se usa ya en el siguiente pasaje de los Schol. Vindobonensia, Hor. ars. 50 (ed. Zechmeister, Viena, 1877) y que remonta a la época de Carlomagno: *Romanus qui sicut sunt expediti in aliis rebus, ita etiam expediti et succinti volunt esse in sermonibus suis, nam tota latinitas breviluquio gaudet.*

Esta es, a grandes rasgos, la trayectoria semántica de la palabra *latinitas*, según va comprobando documentalmente el Dr. Díaz en su artículo de Emérita. Forcellini en su famoso *Lexicon totius Latinitatis*, sólo aduce dos acepciones para la susodicha palabra: la de *sermo Latinus* y *jus Latinum*. Por ahí se verá el interés del estudio del Dr. Díaz y la aportación que representa para la lexicografía su investigación, ya que son seis las acepciones que presenta. *Latinitas*: 1) corrección de lenguaje; 2) «jus Latinum»; 3) lengua latina, latín; 4) autores latinos; 5) mundo literario latino; 6) conjunto de obras y escritores latinos e historia de la lengua y literatura latina.

2.—Una revista que se espera

Varias agencias publicitarias han aireado la noticia de que está a punto de salir el primer número de la revista «*Latinitas*», que, bajo los auspicios de la Santa Sede, se editará en Roma, con el noble ideal de contribuir al resurgimiento del latín¹. Irá redactada ex-

¹ A punto ya de imprimir estas páginas, llega a mis manos la revista «AAS.» (29 nov. 1952) con el anuncio oficial de LATINITAS: *Commentarii linguae Latinae excolendae quarto quoque mense ex officina libraria Vaticana prodeuntes*. Confirma el deseo de publicar el primer número a principios de 1953. El consejo de redacción queda constituido por los siguientes prestigiosos señores: *Presidente*: Antonio Bacci. *Colaboradores*: Del Ton, Egger, Funaioli, Genovesi, Springhetti, Tescari y Tondini. Este último será el Director de la revista. Para suscripciones basta escribir a «Latinitas», Città del Vaticano-Roma. El precio de la suscripción anual para fuera de Italia es de 1.200 liras. La orientación y característica de la revista nos la dan a conocer las siguientes palabras del anuncio: «*Materiae, in quibus scriptores versabuntur, hae erunt: agetur de bono et recto ac vitae christianae officiis; praecepta latine scribendi tractabuntur, quae sunt de re grammatica, de structura verborum seu syntaxi, de vincienda et ornanda ora-*

clusivamente en dicha lengua y tratará de los asuntos más diversos de la vida antigua y moderna. El cuerpo de redactores está constituido por un grupo de latinistas de la Curia Romana especializados en la lengua latina. Se citan los nombres de Monseñor Antonio Bacci, secretario de Breves a los Príncipes, hombre muy versado en el manejo del latín y autor del *Varia Latinitatis scripta* (Typis Vaticanis, 1946), como jefe de redacción; Monseñor A. Tondini, regente de la cancillería apostólica, de quien se habla como futuro director de la revista y los PP. Jesuítas Genovesi y Springhetti, famosos entre los mejores escritores latinos en la actualidad. El P. Genovesi es poeta laureado en el certamen internacional de Amsterdam y a la vez presidente de la comisión calificadora del certamen capitolino, del que hablaremos luego.

«Latinitas» recogerá como en herencia el glorioso historial de su inmediata predecesora «Alma Roma», eclipsada en 1940 a la muerte del ilustre patricio y gran latinista José Fornari, director y puntal durante muchos años de la misma.

La nueva revista se dará la mano con las pocas revistas similares que han sobrevivido a la catástrofe de la última guerra mundial. Me refiero concretamente a «Palaestra Latina», prestigiosa publicación fundada en 1930 por el P. Manuel Jové, C. M. F., en la antigua Universidad de Cervera (Lérida); al «Gymnasium» que desde 1950 publican los profesores del Seminario Claretiano de Bosa (Colombia), y al «Auxilium Latinum» que comenzó en 1929 en Brooklyn, N. Y. (U. S. A.) y ahora sale de Elizabeth, New Jersey (U. S. A.).

Por vía de ilustración y por creerlo de interés para los lectores de HELMÁNTICA, traigo aquí la lista de las revistas destinadas al cultivo de la lengua latina, de que yo tengo noticia:

tione, de vocabulorum vi, de novatis novandisque verbis, atque ex philologorum instituto in veteres latinitatis auctores inquiretur. Locus quoque erit disserendi de ratione et via, qua lingua haec tradatur, et de libris in tironum usum editis. Praeterea industria ponetur in litteris, quibus vel Romanorum inclaruit aetas vel viri quasi renata studia humanitatis professi vel recentiores nominis famam sunt adepti. Neque minus exquisite monumenta, quae Ecclesia Catholica, latino sermone usa, prodidit per saecula, perspicientur. Judicium denique fiet de libris et per interjectum tempus vulgatis chartis, quae ad rem pertineant, ac respondebitur quaestionem proponentibus de hac disciplina.»

- 1) *Vox Urbis*, 1898-1914. Roma. Fué sustituida por la siguiente.
 - 2) *Alma Roma*, 1914-1940. Roma. Dejó de publicarse a la muerte del Dr. Fornari.
 - 3) *Scriptor Latinus*, 1910. Frankfurt. Dejó de publicarse al cabo de unos años.
 - 4) *Juventus*, 1910-1942. Budapest. Suspendida definitivamente en la pasada guerra.
 - 5) *Candidatus Latinus*, 1928-1930. Cervera (Lérida). Revista de carácter privado. Al hacerse pública tomó el título que sigue.
 - 6) *Palaestra Latina*, 1930-1952. Continúa honrando las letras latinas. Ha merecido elogios del Romano Pontífice en documento público.
 - 7) *Auxilium Latinum*, 1929-1952. Elizabeth, New Jersey (U. S. A.). Sigue fiel a sus principios de actualizar el latín, a veces con un criterio poco clásico.
 - 8) *Societas Latina*, 1932, Munich. Organo de un núcleo de afanosos de la restauración del latín. Enmudeció en la pasada contienda internacional.
 - 9) *Per lo studio e l'uso del Latino*, 1939, Roma. Publicada bajo la dirección del prestigioso y dinámico Dr. D. Carlos Gallassi Paluzzi hasta el derrumbamiento del régimen fascista.
 - 10) *Gymnasium*, 1950, Bosa (Colombia). Revista cuatrimestral fundada por los Padres del Corazón de María de Colombia, con el laudable objeto de servir de vehículo para el cultivo del griego y del latín.
- Depare el Señor a la proyectada «*Latinitas*» una vida fecunda, prolongada y gloriosa.

3.—Un libro que hace falta

La idea de «*Latinitas*», como expresión de un estudio y como título de una revista, me lleva al recuerdo de un libro, en el que generaciones enteras de seminaristas han bebido las aguas de la cultura clásica. Me refiero al «Curso de Latinidad» de Raimundo de Miguel, ilustre catedrático de perfección de latín en el Instituto de S. Isidro, de Madrid, en la segunda mitad del siglo pasado.

Indiscutiblemente a Raimundo de Miguel son deudores tiempo ha cuantos en Hispano-América han cultivado la lengua latina. Su

«Curso de Latinidad», su «Gramática Latina» y sobre todo su «Diccionario Latino-Español Etimológico», han sido los cauces por donde se ha ido comunicando desde casi un siglo—la primera edición del diccionario salió en 1867—la corriente de la más clásica latinidad.

Pero aun reconociendo todos los méritos y los buenos servicios prestados por Miguel con sus obras, hemos de confesar que sus métodos son anticuados. Su gramática ya no sirve. Ha quedado retrasada ante los avances de un siglo de increíbles progresos filológicos y lingüísticos. Su diccionario ha sido superado también por el de la Casa Sopena de Barcelona, que salió hace unos años bajo la firma de D. Agustín Blázquez Fraile, y cuya riqueza de voces, acepciones y ejemplos, junto con una presentación esmeradísima —hablo de la edición de 1950— lo hacen, hoy por hoy, a pesar de notables deficiencias, el rey de los diccionarios latinos salidos de las prensas españolas.

Por lo que respecta al «Curso de Latinidad» deja ya mucho que desear, tanto por su presentación —hay páginas que resultan casi ilegibles— como por sus frecuentes erratas y hasta por el mismo criterio que guió su elaboración.

Es un defecto capital limitar la traducción a una selección de fragmentos separados de su tronco. Tales fragmentos resultan casi siempre ininteligibles por estar aislados de las circunstancias que les dan vida y arrancados violentamente del contexto que los aclara.

Es interesante lo que dice a este propósito Fernando Robert, en su libro «L'humanisme» (Les Belles Letres. París, 1946, p. 52): «Une culture humaniste ne s'acquiert qu'au contact des oeuvres elles-mêmes, des auteurs aux-mêmes, et l'idée de fonder une culture sur des traductions, ou des anthologies, des morceaux choisis, de tout ce qui réduit ou altère le contac avec l'auteur ou avec l'oeuvre.»

Bajo este punto de vista, es digno del mayor elogio el esfuerzo realizado en estos últimos años por varias de las editoriales españolas con sus incipientes colecciones de clásicos. Ello es un índice del resurgimiento nacional en este orden de cosas. Citaré a continuación las colecciones más importantes, todas ellas de carácter escolar, sin entrar a valorizar el interés e importancia que cada una tiene:

Clásicos Emérita, Madrid, Duque de Medinaceli, 4.

Bibliotheca Comillensis, Santander, Apartado 77.

Textos Palaestra, Barcelona, Apartado 1042.

Editorial Gredos, Madrid, Apartado 8021.

Escelicer, S. L., Cádiz, Ob. Calvo y Valero, 4-12; Madrid, Oló-zaga, 6.

Textos Clásicos Bosch, Barcelona, Apartado 929.

Clásicos Escolares E. B. E., Madrid, Apartado 277.

Y aunque queda aún largo camino por recorrer en orden al perfeccionamiento de estas ediciones y a la incorporación de un mayor número de autores, es mucho ya lo que se ha hecho y ello nos permite comenzar a valernos de nuestros propios medios en la tarea docente de seminarios, institutos y universidades.

Sin embargo, por buenas que supongamos estas ediciones, nunca restarían interés práctico a un Curso de Latinidad al estilo del que han publicado hace unos años los profesores Morisset y Thévenot, bajo el epígrafe de «Les Lettres Latines», Editions de l'Ecole, 11 rue de Sèvres, París, 1949, que podría servir de modelo para la modernización del «Curso de Latinidad» de Raimundo de Miguel.

4.—Un certamen de latín.

Desde hace cuatro años se celebra en Roma con carácter internacional el certamen capitolino. Este certamen tiene por objeto mantener encendida la llama del entusiasmo por la más pura latinidad. Es un certamen internacional de prosa latina promovido por el Instituto de Estudios Romanos, el Ministerio de Educación Nacional y el Ayuntamiento de Roma. Intenta no sólo emular, sino superar si cabe las glorias del certamen Heouftiano, que desde 1856 funciona en Amsterdam, para premiar la mejor poesía latina presentada a la competición anual.

Este año al certamen capitolino han concurrido más de 50 concursantes de Italia, Francia, Austria, Inglaterra, Estados Unidos y Colombia. El 21 de abril fué el día señalado para la apertura de plicas y adjudicación de premios.

El primero se asignó al profesor Luis Guercio, de Salerno, Italia.

El segundo correspondió al profesor Juan Ambrosi, de Perugia. Se otorgó mención honorífica a los profesores Carlos Grassi, de

Viareggio; José Morabito, de Mesina, y Esteban Ranzi, de Bressanone.

La comisión calificadora quedó integrada por el P. Víctor Genovesi, S. J., presidente; profesor Honorato Tescari, representante del Ministerio de Educación Nacional; profesor Aurelio G. Amatucci, representante del Ayuntamiento de Roma; senador prof. Quinto Tosatti, presidente del Instituto de Estudios Romanos y prof. Guerrino Pacitti, secretario.

Poco después se anunciaba el certamen para 1953, cuyas normas son las siguientes:

1.^a Tema libre de prosa latina, sea novela, sea historia o tema filosófico, no destinado a ejercicios escolares y de extensión no inferior a mil quinientas palabras.

2.^a Deben mandarse cinco copias, a ser posible a máquina, antes del 1.^o de febrero de 1953 al «*Instituto di Studi Romani — Ufficio Latino — Piazza dei Cavalieri di Malta, n. 2.—Roma*». Las copias deben ir sin nombre y con un lema que se repite en la ficha que en sobre cerrado se manda con el nombre y dirección del autor.

3.^a Habrá dos premios que se adjudicarán en sesión pública y solemne celebrada en el Capitolio el 21 de abril. El primero consistirá en una reproducción en plata de la Loba Capitolina con el nombre del concursante, año y día del triunfo y además 100.000 liras en metálico.

El segundo premio consistirá en una medalla de plata con la reproducción del Capitolio en bajorrelieve y el nombre del interesado y además 50.000 liras en metálico.

El interés despertado por este certamen de prosa latina es enorme, mayor indudablemente que el de poesía latina de Amsterdam, ya que da entrada, con probabilidades de éxito, a todos los escritores latinos, aun a los que no se sienten favorecidos por las musas. En este sentido, el certamen capitolino resulta un medio efficacísimo para promover el cultivo del latín.

5.—Hacia una academia internacional

La realidad feliz de estos concursos internacionales hace viable la propuesta, que en varias ocasiones se ha hecho, de una Academia Internacional de Lengua Latina y cuyo nombre oficial podría ser el de «Latinitas».

Todas las demás lenguas tienen su Academia —senado de los más cultos varones— cuyo cometido es fijar, limpiar y dar esplendor a la lengua, según reza el mote de la Real Academia Española.

Gracias a estas academias se han podido fijar criterios seguros y prácticos en orden a las nuevas voces que van surgiendo, establecer normas ortográficas, frenar ciertas desviaciones semánticas fundadas en mimetismos exóticos, vigilar la pureza y propiedad del lenguaje, fomentar su cultivo y expansión, etc.

La lengua latina no tiene menos necesidad que las otras de este bienhechor patronazgo de una Academia; antes lo necesita mucho más, por razón de su antigüedad y de su difusión. Su antigüedad hace que a lo largo de sus dos milenios ofrezca el latín una variedad enorme de formas de expresión, cuya valoración no puede dejarse a un criterio puramente personal. Su difusión en el mundo— la Iglesia, que ha hecho del latín su propia lengua, le ha dado amplitud ecuménica— trae consigo una diversidad de criterios en puntos importantes, como son la pronunciación, la ortografía, la formación de palabras de nuevo cuño; diversidad, que llega a originar una situación de difícil inteligencia entre latinistas de diversas latitudes.

Basta examinar los diferentes vocabularios del llamado latín moderno, para convencerse de las notables divergencias de unos y otros y las arbitrariedades con que muchos proceden. Sirvan como punto de comparación los siguientes, que son los más recomendables en orden a la práctica del latín:

MEISSNER, *Phraséologie Latine*, París, Klincksieck, 1885.

COGNASSO, *Il latino per l'uso moderno*, Torino, Soc. Editr. Intern. 1936.

DUMAINE, *Conversations latines*, París, A. Tralin Ed., 1930³.

FORNARI, *Communia vitae*, Typis Vaticanis, Roma, 1931.

THIEME, *Lebendiges Latein*, Berlín, 1937.

BINI, *L'uso vivo della lingua latina*, Firenze.

CAPELLANUS-LAMER, *Guía de conversación latina*. Versión de la 11.^a ed. alemana por J. Jiménez, C. M. F., Barcelona, Gustavo Gili ed., 1936.

COGNASSO, *Colloquia Latina*, Torino, Soc. Editr. Intern., 1938.

WAGNER, *Dictionarium Hungaricum-Latinum*, Budapest, 1937.

TEMPINI, *Manuale di conversazione latina*, Torino.

VIVES, *Diálogos latinos*, trad. por Fernández, Barcelona, 1940.

PASSETO, *Per florea prata, liber ludorum in puerorum usum*, Mediolani, 1940.

MIR, *Nova et Vetera*, Barcelona, Lauria, 5, 1949.

BACCI, *Varia latinitatis scripta*, Typis Vaticanis, 1949².

También pueden ser útiles para la práctica del latín el DUCANGE, *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis*, Francofurti, 1710; el QUICHERAT-CHATELAIN, *Dictionnaire français-latin*, Paris, Hachette, y el conocido manual de HOFMANN, *Lateinische Umgangssprache*, Heidelberg, C. Winter, Universitätsverlag, 1951³.

Una rápida ojeada a estos manuales y diccionarios nos convencerá de la necesidad de una organización o academia internacional con suficiente autoridad moral y científica para coordinar criterios y confirmar propuestas.

Esta idea es la que movió al P. José Mir C. M. F. a escribir en el prólogo de su *Nova et Vetera*: «Tot hi labores ad trutinam et discrimen rursus revocandi sunt et tandem in coetum magistrorum afferendi, qui, probati, variis utrimque allatis rationibus, rem definiat et unam —si fieri possit— omnibus adhibendam suadeat praecipiatve vocem. Quam dum exspectamus *Societatem Latinam*, cui omnes fideliter pareamus libellum nostrum lectoribus proponimus, qui, si non omnibus probabitur, initium saltem erit disputandi».

Según esto, una Academia de la Lengua Latina, con sede en Roma, integrada por representantes de todo el mundo, que se ocupara con autoridad suprema en los problemas que hoy día plantea el uso del latín, sería, junto con la revista «Latinitas» y el Certamen Capitolino, el medio más eficaz para mantener incólumes los intereses de la milenaria lengua del *Lacio*.

6.—Orientaciones pontificias

Centinela permanente de la Latinidad, es un apelativo que cuadra muy bien a la Iglesia Católica Romana. Los Papas han estado siempre en actitud vigilante para mantener viva sin cesar la llama del entusiasmo por la lengua latina. La historia es pródiga en datos que corroboran semejante afirmación. La lengua latina hubiera caído en el mayor abandono y aun en completo desuso, a no ser por la solicitud y cariño que para con ella ha tenido la Iglesia. Cuanto mayor era su estado de postración y desprestigio en otros núcleos culturales, más insistía e insiste la Iglesia en su cultivo —no sólo en su estudio, sino también en su práctica— sobre todo en los centros eclesiásticos. Pío XI decía en 1924: «la enseñanza del latín entre nuestros jóvenes debe ordenarse a que los clérigos *linguae Latinae SCIENTIAM et USUM quam accuratissime percipiant*». Y poco después en el *Motu Proprio* «*Litterarum Latinarum*» insistía: «*Velle nos diximus praecipua quadam voluntate ut linguam Latinam uterque clerus haberet SCIENTIA et USU perceptam*».

Imposible recoger al detalle las múltiples e insistentes recomendaciones de los Romanos Pontífices sobre el particular. Me limitaré a presentar unos pocos testimonios de los últimos Papas.

Conocida es la actitud que tomó Pío IX con respecto a la contienda gaumista (cfr. HELMÁNTICA, 1950, p. 157). Las cartas que con ese motivo escribió a los Obispos franceses y al mismo Gaume, revelan el criterio sano y nunca desmentido de la Iglesia.

Su inmediato sucesor en la sede pontificia, León XIII, con la autoridad que le daba su alta Jerarquía y a la vez su propia formación humanística, manifestó más de una vez al mundo católico su deseo ardiente de ver elevados los estudios clásicos, cuya decadencia denunciaba él como síntoma alarmante. Su carta al Cardenal Vicario, Parrochi, fechada el 20 de mayo de 1885, es un testimonio elocuente de la solicitud pontificia por las letras griegas y sobre todo latinas. He aquí un párrafo verdaderamente valioso: «*Quod autem litteras dicimus excoli a clero diligenter oportere, non modo nostrates intelligimus, sed etiam graecas et latinas. Immo apud nos plus est priscorum Romanorum litteris tribuendum, tum quod est latinus sermo Religiosis Catholicae Occidente toto comes et administrator, tum etiam quia in hoc genere aut minus multi aut non nimis*

studiose ingenia exercent, ita ut laus illa latine cum dignitate et vetustate scribendi passim consenuisse videatur.—Est etiam in Scripturis graecis accurate elaborandum: ita enim exellunt et praestant in omni genere exemplaria graeca, nihil ut possit politius perfectiusque cogitari. Huc accedit quod penes Orientales graecae litterae vivunt et spirant in Ecclesiae monumentis, usuque cotidiano: neque minimi illud faciendum, quod eruditi graecis litteris hoc ipso quod graece sciunt, plus habent ad latinitatem Quiritium facultatis», (ASS. XVII, p. 514).

La misma preocupación revela León XIII en las letras Apostólicas del 30 de julio de 1886, encaminadas a la reorganización de los estudios en el Seminario Romano, y también en la Carta al Obispo de Namur, fechada el 29 de mayo de 1901.

S. S. Pío XI no quiere desviarse de la línea de conducta trazada por sus predecesores. Recuerda sobre todo con admiración al gran Pontífice León XIII, que tanto se distinguió como escritor y poeta latino, y, fiel a la tradición humanística de la Iglesia, plasma su pensamiento en tres documentos pontificios en que recomienda con calor el estudio y la práctica del latín.

El primero de estos documentos es la Carta Apostólica «Officiorum omnium» del 1 de agosto de 1922. Reproducimos nada más los siguientes párrafos que consideramos de excepcional interés:

«Ecclesia... sermonem suapte natura requirit universalem, immutabilem, non vulgarem. Hujusmodi cum sit sermo Latinus, divinitus provisum est ut is mirifico esset usui Ecclesiae docenti, idemque Christifidelibus doctoribus ex omni gente magnum ministraret vinculum unitatis; iis dando scilicet, non solum unde, vel locorum intervallo disjuncti vel in unum locum congregati, facile inter se sensa mentis et consilia conferrent, sed etiam, quod majus est, unde quae Ecclesiae matris sunt, altius cognoscerent et cum Ecclesiae capite arctius cohaerent. Utraque de causa, ut ceteras omittamus, liquet clerum ante alios Latinae linguae perstudiosum esse oportere; neque enim hic laudes persequimur, quibus hoc commendatur loquendi genus pressum, locuples, numerosum, majestatis plenum et dignitatis, quod mire dixeris comparatum ad serviendum Romani Pontificatus gloriae, ad quem Imperii sedes tamquam hereditate pervenerit...» (AAS. 1922, p. 452).

«Quod si quopiam homine laico, qui quidem sit tinctus litteris,

Latinae linguae, quam dicere catholicam vere possumus, ignoratio quendam amoris erga Ecclesiam languorem indicat, quanto magis Clericos quotquot sunt decet ejusdem linguae satis gnaros esse atque peritos! Horum profecto est Latinitatem tanto tueri constantius, quanto a sapientiae catholicae adversariis, qui saeculo XVI Europae in una Fidei doctrina consensione labefactarunt, acrius eam norunt oppugnatam» (AAS. 1922, p. 453).

Dos años más tarde, el 19 de marzo de 1924, dirigía Pío XI una apremiante carta a los Superiores Generales de Congregaciones Religiosas, y en ella volvía a insistir en la misma recomendación. Esta Carta Apostólica es conocida con el nombre de «Unigenitus Dei Filius». Damos a continuación uno de sus más notables párrafos:

«Quanti autem momenti sit juvenes religiosos Latini esse benignos sermonis, id non modo declarat quod eo ipso Ecclesia utitur veluti ministro et vinculo unitatis, sed etiam quia Latine Biblia legimus, Latine et psallimus et litamus et sacris ritibus paene omnibus perfungimur. Huc praeterea accedit, quod Romanus Pontifex Latine universum adloquitur docetque Catholicum orbem, neque alium sane adhibet Romana Curia sermonem cum negotia expedit ac decreta conficit quae fidelium communitatis intersunt. Qui autem linguam Latinam non calleant, iis quidem ad copiosa Patrum Doctorumque Ecclesiae volumina difficilior est aditus, quorum plerique non alia usi sunt scribendi ratione ut Christianam sapientiam proponerent ac tuerentur» (AAS. 1924, p. 141).

Es importante también el Motu Proprio «Litterarum Latinarum» del 20 de octubre de 1924, con el que S. S. Pío XI viene a confirmar las anteriores orientaciones y recomendaciones. Dice textualmente entre otras cosas:

«Cum igitur non tam humani civilisque cultus quam Religionis ipsius Ecclesiae Catholicae interesset Latini sermonis plenissimam in clero scientiam provehi ac propagari, eandemque non praeceptis et arte circumscriptam sed etiam ad usum exercitationemque polite ornateque scribendi translata, nihil mirum si Decessores Nostri numquam pro rerum temporumque condicione sibi temperaverunt, quin Latinitatis rationibus prospicerent; quod eo studiosius egerunt, quo deteriore in statum Latinae litterae decidissent».

«Quem quidem suum purioris Latinitatis amorem iidem Romani Pontifices vel hoc ipso ostendere visi sunt, quoad quotienscum-

que sibi licuit —atque non uni quidem eorum licuit— adjutoribus usi sunt Latinae scriptionis haud mediocriter peritis» (AAS. 1924, p. 418).

No contento con las anteriores recomendaciones, el Papa Pío XI insiste nuevamente en su *Divini illius Magistri*, luminosa encíclica publicada en 1929 como recuerdo de su jubileo sacerdotal. En ella «previene a los maestros contra el morboso afán de peligrosas novedades en punto a materias y métodos de enseñanza, y les aconseja que, mientras toman de lo moderno lo mejor, no se aparten de las tradiciones tan valoradas por su crédito histórico, ni permitan que se arruine el estudio de las letras latinas, hoy en mísera decadencia, precisamente por haberse menospreciado el método que floreció entre los maestros eclesiásticos en el cultivo del sano Humanismo.» (CAYUELA, Humanidades Clásicas, Zaragoza, 1940, p. 774).

Como se ve, son estos documentos bien elocuentes en favor de la solicitud de la Iglesia por el cultivo de la lengua latina.

De S. S. Pío XII, felizmente reinante, sólo quiero recordar dos vibrantes alocuciones. El 30 de enero de 1949 en un discurso ante unos 7.000 estudiantes de los Institutos de Enseñanza Media y Superior de Roma, se refirió expresamente al latín y dijo:

«¡El latín! lengua antigua, *pero no muerta todavía*, porque si de su soberbio eco hace siglos que están mudos los derruidos anfiteatros, los famosos foros y los templos de los Césares, no callan las basílicas de Jesucristo, donde los sacerdotes del Evangelio y los herederos de los mártires repiten y vuelven a cantar las salmodias y los himnos de los primeros siglos en la lengua reconsagrada de los Quirites».

«Al presente la lengua de Roma es principalmente lengua sacra que resuena en los ritos divinos, en las aulas teológicas y en los documentos de la Santa Sede Apostólica y en la cual tantas veces vosotros mismos dirigís un dulce saludo a la Reina del cielo, vuestra Madre y a vuestro Padre que reina allá arriba».

«Pero el latín es también la llave que os abre las puertas de la historia. Todo lo que ha llegado a nosotros del pasado romano y cristiano en inscripciones, en escritos y en libros, salvo parciales excepciones de los últimos siglos, casi todo viene revestido de la lengua latina».

Más recientemente, el 23 de septiembre de 1951, en un discurso

a los Carmelitas Descalzos, vuelve al mismo tema de la formación humanística y más en particular de la βασιλική γλῶσσα, como él llama a la lengua latina.

«¡Cuánto nos agrada, dice, que queráis dar a vuestros alumnos una más abundante educación humanística! Esta es aptísima para educar las inteligencias jóvenes, de modo que tanto al pensar como al hablar haya un orden lúdico y se evite la vana abundancia de palabras, y para que el hombre haga acopio de otras excelentes cualidades. Nos lamentamos que en estos estudios ocurra algo verdaderamente triste. ¡Oh dolor! La lengua latina, gloria de los sacerdotes tiene cada vez menos entusiastas cultivadores! ¿Quién celebrará dignamente este idioma imperial—βασιλική γλῶσσα, lo llamaban los griegos—que no anuncia sino esculpe las verdades, que brilla por una peculiar gravedad en los edictos y sentencias, que es usado en la liturgia de la Iglesia latina, que constituye un vínculo de grandísimo aprecio en la Iglesia Católica? ¡Que haya sacerdote que no lo sepa leer y hablar fácil y expeditamente! Además de esto, ojalá surjan entre vosotros grandes y numerosos cultivadores de ella que puedan *hablarla y escribirla* con justeza y elegancia! Porque la lengua latina y lo mismo la griega, a la que se confiaron ya desde la primitiva época cristiana tantos escritos eclesiásticos, es un tesoro de incomparable prestantia; por lo cual el ministro sagrado que la ignore ha de pensarse que sufre una lamentable dejadez intelectual».

Valiosos testimonios estos, que nos confirman una vez más en la idea con que dábamos comienzo a este último epígrafe, a saber: que los Romanos Pontífices han sido siempre los más celosos y vigilantes custodios de la genuina latinidad.

JOSE JIMENEZ DELGADO, C. M. F.